FUNERALES

DEL SEÑOR DOCTOR

MANUEL JOSÈ MOSQUERA,

DÍGNISIMO ARZOBISPO DE SANTA FÉ DE BOGOTÁ,

ECHOS EN LA S. I. M. DE CARACAS.

EL DIA 23 DE MARZO DE 1854.

BOGOTÁ,

IMPRENTA DE F. TÓRRES AMAYA. 6.ª CALLE DEL NORTE N.° 251.

1854.

FUNERALES

DEL SEÑOR DOCTOR

MANUEL JOSÉ MOSQUERA,

DIGNÍSIMO ARZPO. DE SANTAFÈ DE BOGOTA

Hechos en la S. I. M. de Carácas, el dia 23 de marzo de 1854.

¿Qué puedo yo temer?.....Serà el destierro?—Mi patria está donde se adore à Dios.

(SAN BASILIO.)

Los hombres que han nacido para la gloria verdadera, llevan en su destino como en su carácter cierto sello de orijinalidad i de grandeza que da á su vida aquella luz que va luego á reflejar sobre la historia. Estudiándola en sus varias épocas, halla uno, como dirijida por mano oculta i sabia, la estrella que les va trazando su camino. Esta estrella es el jenio que los ajita. Arrastrados i sublimados por él, vense brillar, cual astros, en medio de sus coetàneos; i ora conmoviendo desde sus cimientos las sociedades para transformarlas, ora

à la cabeza de los pueblos para dirijirlos, ora al frente de las ideas para inocularlas, ora dando ejemplos de indomable fortaleza para franquear los estorbos que se oponen á su paso, dejan, al morir, huellas profundas de admiracion i pasmo. Si hablan, enseñan; si obran, alcanzan; si reforman, crean; i cuando mueren, auque sea en la desgracia, mueren tan magníficamente como el sol, entre celajes de carmin i plata, i cortinas de riquísima púrpura.

Cual mas, cual ménos, todos ellos son instrumentos escojidos, de trascendentales i altas miras, i no es fácil comprenderlas bien, limitàndose uno á estrechísimo recinto. Un horizonte no se estudió jamas en una faja, ni la extension de los mares en el movimiento de una ola. La Providencia está mas en la síntesis que en la análisis, mas en la unidad que en las partes, mas en el conjunto que en los pormenores. Viéndola así, es que pueden alcanzarse sus excelsos fines, que son siempre remotos, dilatados, profundos. Para leerlos, es menester abarcar un grande espacio: sus caracteres son los acontecimientos, sus pájinas las naciones, su tiempo los siglos, su libro la humanidad. De los grandes hechos, las crónicas recientes fueron de ordinario incompetentes, parciales ó mezquinos jueces. Esos himnos que la posteridad entona, esos altares que levanta, esa trompa que da á la fama voladora, no víenen à ser otra cosa que el galardon con que ella acude á desagraviar de la injusticia de sus contemporàneos la memoria de los varones eminentes.

La Relijion Católica, mas que ninguna otra institucion, ha sabido dar à los suyos un temple tan superior de alma, que se busca, i no se encuentra en las fuerzas naturales. Homero tuvo que finjir

á sus héroes invulnerables ó dioses, para hacerlos sufridos, valientes i serenos. Morir haciendo ruido, morir soñando en la fama, morir en Farsalia, se comprende: el hombre es capaz alguna vez de dar su sangre por la gloria; pero morir por doctrinas abstractas, morir olvidado de la sociedad, morir sin mas testigo que el Cielo, solo el Cielo puede inspirarlo. Cambiar el dolor por el renombre, es posible; cambiar el dolor por Dios, solo es de Dios. El martirio alegre i reflexivo, i la confesion que lo prepara, son palmas que no tocan mas que al Cristianismo.

El ejemplo mas instructivo i mas flamante es el del Sr. Dr **MANUEL JOSE MOSQUERA**, Dignísimo Arzobispo de Santa Fé de Bogotà, que falleció el año pasado de 1853 en Marsella, desterrado de su patria la Nueva Granada. Hai nombres que llevan consigo ya el elojio. En los dias clásicos de la gran Repùblica, cuando acababa de salir Colombia de las manos de Bolívar, cuando se cantaba el canto de victoria, cuando estaban recien escritos con sangre de heroismo los anales brillantes que dieron tantos celos á la Europa, cuando se formaba el padron de los Libertadores, la familia Mosquera fué inscrita como una de las mas distinguidas. Gozó de los triunfos; pero participó de los peligros, i el dia de la ovacion hubo coronas señaladas para ella. En el gabinete tuvo hombres de seso i de consejo, en las armas varones de acero i pundonor caballeresco, en las letras doctores eminentes, i en las asambleas populares i en los Congresos de la Nacion, oradores disertos que hicieron salir alguna vez de la tribuna los resplandores de Aténas.

El jóven Manuel José estaba llamado á alcanzar gloriosisimos destinos, ayudado de las alas que le daban su claro entendimiento i su jenial vocacion.

Dedicado á los estudios, hizo en ellos progresos asombrosos. Filosofía, literatura, crítica, erudicion, antigüedades, conocimientos profanos i eclesiasticos, todo le fué dentro de poco consustancial; í recorria ese campo dilatado, como una àguila atraviesa angosto valle. Hablaba, escribia. disertaba en estas materias como en asuntos familiares: mas de una vez se vieron los destellos de su talento en obras de disciplina i de ciencia canónica que no hubieran desdeñado los famosos apolojistas de la edad pasada. La patria debia estar vana con el Hijo; i cuando mas luego lo vió elevado por sus méritos, à la alta dignidad de Pastor suyo, regocijarse de tenerlo por su prez, su honra i su blason.

Tales son los títulos que el Arzobispo granadino tenia á la estimacion de su pais. Estaba radicada en su historia primitiva, que es siempre el orgullo de los pueblos. A esto unia su carácter i sus prendas, su Pontificado de beneficencia, su caridad para todos i su profundo saber. Leyendo sus escritos nos acordamos muchas veces del siglo de oro de la Iglesia: era Tertuliano con su dialéctica, el Crisóstomo con su abundancia, San Agustin con su doctrina. Un Obispo así, con una cuna histórica, con ejecutorias de la Libertad, con palmas conquistadas en los combates del injenio, i cercado de ovejas, á quienes alimentaba diariamente con el pan de su limosna, la miel de su palabra, i el vino de su amor, mui distante estaba de creer acabar sus dias en extranjeras playas.

Los juicios de Dios son inescrutables. El desierto fué para San Gerónimo su pena i su estadio: allí ensayó sus fuerzas ese jigante de las letras: San Atanasio tuvo que ser expulsado cinco veces de su silla, combatir todo el poder de Constancio, i devorar siete años las soledades de la Tebaida,

para que su nombre pudiese dar olor de clara fama i materia de sabrosísima alabanza en las populosas plazas de Alejandría. La desgracia ha sido siempre la mejor corona de las virtudes.

La Nueva Granada, sin saberlo, preparaba el mismo camino á su Prelado: servia de instrumento à su destino, á su nombre, á su apoteósis. La Providencia la arrastraba: queria darle un hijo ilustre, un orgullo mas para sus fastos. El línde entre las dos Potestades ha sido siempre un problema para la Filosofía. En torno suyo hai sombras santas, sombras de misterio. El misterio es la esencia de Dios, el caracter de la Relijion, el prestijio del alma, i la lei de la humanidad. Cuando las leyes no lo acatan, se divorcian de las costumbres, que jamas van sino por donde fuere el corazon.

El Patronato dió la señal de la lucha. La Nacion lo queria para sí, el poder espiritual lo reclamaba como un derecho. Fué una centella arrojada en el campo de las conciencías, i ya se sabe cuán terrible es el combate entre las ideas i la Fé. El Estado tenia á las unas por defensa, el Pontífice á la otra por escudo. El corazon humano siempre se va tras las creencias. i los códigos son sabios cuando saben respetarlas. Los eódigos son relativos, solo la moral es absoluta. De un lado estaba el espìritu de las reformas, inflexible: del otro, diez i nueve siglos, los Concilios, la Iglesia. La lealtad á los deberes es el sentimiento de los caracteres elevados; é intimado el Sr. Mosquera, el destierro para él era la gloria. El hombre muere bien donde la honra, al morir, recoje i guarda su nombre.

Ya estàn cerradas las puertas tras de él: ya el mar le oculta la techumbre de su casa, las copas de sus àrboles, los lugares de sus mayores, sus costas queridas. Los Estados Unidos, la Inglaterra,

la Francia, le tienden al pasar alfombras de flores, pero aquellas flores no son las de sus campos; le oprimen á agasajos, pero él no mira en el tropel los semblantes de los suyos; llenan el aire con su nombre, pero él no escucha entre los vivas la voz de sus amigos. Las maravillas del Norte, la magnificencia de Paris, las pompas de Amiens, nada hablan á sus ojos: el israelita en los rios de Babilonia no hace mas que suspirar por Jerusalen. La patria es todo, porque es el amor: fuera de ella no hai intérprete para el corazon. No nos entienden, tal vez ni nos atienden. Todo muda: el hermano se llama hombre; el hombre, extraño; la tierra, ajena; la hospitalidad, favor; el pan, limosna.... Es lo único que arranca lágrimas al valor. Se puede luchar con la muerte, con los áfectos jamas.

El ilustre Proscrito no llegarà á Roma: el sol no llegará á la Patria de los soles: cada suspiro es un manojo de luz que pierde, i él debe apagarse en Marsella..... ¡Ya no ve á su Hija, ya no se embriaga con sus miradas, ya no se enloquece de oir sus discreciones, ya no le cuenta á su seno las historias del Cielo, ya no la alimenta con la leche de su doctrina, ya no le da el pan de los àngeles! .... Ya murió!.... El que todo lo tuvo en su pais, el alumno de la Libertad, el Pastor de ovejas, acabó sus dias menesteroso sin hogar, sin majada, sin el llanto de los suyos, que es la despedida de amor del moribundo.... !No bebió el agua de sus rios, no comió el pan de sus trojes, no respiró el aura de sus huertos, no vió la luz de sus horizontes al morir!....

Iglesia de la Nueva Granada! Hija suya! Vístete del dolor como de un manto, destrenza tus cabellos, enluta tus muros, i siéntate en el silencio del Santuario á llorar á tu Padre. Tú no estuviste

allí, tú no le cerraste los ojos con tus manos, tù no ablandaste la muerte con tus lágrimas..... Una súplica a tiempo lo hubiera hecho todo. Señalaras tu pelo cubierto de ceniza, tus vestidos rasgados, tu corazon hecho sangre, tus solemnidades desiertas, tus pompas mudas, tu templo en horfandad, tus atrios solitarios, i el Pastor se salva. Los muros del Tabernàculo del Señor se quebrantan con los ruegos: la oracion que sale de los ayes del martirio es la única lisonja para Dios. Combates i triunfas, pides i alcanzas.... !Una hija llorando i pidiendo por su padre, es el Cielo de rodillas!...

Aquellas manos que tantas veces abrieron los tesoros de la Providencia para tí, tu no las apretaste en ese trance: aquella cabeza que contenia todo la ciencia de los Padres, tú no la sostuviste: aquella boca que nunca se abrió sino para decir la sabiduría i la verdad, tú no la besaste: aquellos piés que nunca anduvieron mas caminos que los caminos del Evanjelio, tú no los bañaste con tus lágrimas. Ya él no alegrará mas tus fiestas, ni hará resonar su voz en tu recinto, ni será el ornamento de tu Templo, ni será señalado al pasar como el Caudillo de tu pueblo, ni te llevarà de la mano á ver los sarmientos desu viña, ni se sentarà à la sombra contigo para mostrarte las espigas, ni te contará los secretos de lo alto, ni te explicarà los misterios de la vida, ni te pondrà sobre las niñas de sus ojos, ni te embriagarà mas con su amor.....Ah! Tú no sabes todo, tú no conoces toda su caridad. Dicen que nunca te olvidó en medio de los sufrimientos de su alma: que asociaba siempre al nombre de Jesus el nombre de su Hija; i que al espirar, sus últimas preces, derramadas por tí, fueron recojidas i llevadas por un ánjel hasta Dios.

Así terminó sus dias uno de los varones mas claros

de la América, por su piedad, por sus talentos, por su ciencia, i por la fortaleza de su espíritu. El dolor mas se siente que se ve: de la desgracia apénas puede hablar el desgraciado; pero todavía, si es grande, cabe medirse, aunque de léjos. Un jigante luchando con la adversidad, mayormente si sucumbe es una figura histórica sublime. El Sr. Mosquera debia inspirar simpatías, hacer eco, imprimir admiracion por todas partes. Su vida habia sido un modelo, su familia un timbre, su casa el granero del pobre, su mano el instrumento de la caridad, sus lagrimas el consuelo de la viuda, su palabra el catecismo del amor, sus escritos el orgullo de la Patria, su númen la gala de las letras, su Pontificado el trasunto del Evangelio, su combate el ensayo del martirio. Las plantas del ilustre Confesor dejaban impresa por donde quiera que pasaban una historia de heroismo.

Un hombre de este temple, sublimado sobre el mundo, lleno de resignacion, indiferente à las comodidades, i atravesando el mar de las tempestades en un barquichuelo que él mismo armó en las dulcísimas costas de la Patria, es algo, es mucho, es un pasmo hasta à los ojos del valor. Un hombre así no està en las proporciones naturales. Un hombre así no tiene mas explicacion que las altas miras de la Providencia Es el rayo de Job que se desata, para atravesar el caos, barrer las sombras, fecundar el espacio, i volver luego á las manos del Señor para decirle: "Aquí estoi".

La Europa católica fijó luego sus miradas en el valeroso Desterrado; i siguiendo sus pasos, i contándolos uno, á uno, los trasladaba à sus anales como un ejemplo para la posteridad i un triunfo de la Iglesia. Fueron numerosos i brillantes los testimonios de respeto á su persona i á su causa: lo mismo en la capital del imperio frances,

que en la capital del Soma: fué una efusion, un entusiasmo, un delirio. En la Silla Romana, tuvieron eco tambien los grandes hechos, i el Sumo Pontífice, en una carta, tierna como el amor de las madres, i franca como la piedad, le ofreció su Corte por asilo.

Carácas no podia permanecer indiferente al ruido de tales sucesos. Ella tenia sentimientos que satisfacer por relijion, i deberes que llenar por gratitud. El Illmo. i Dignísimo Señor Dr. Ramon Ignacio Méndez, Arzobispo suyo, patricio, soldado, lejislador, erudito, anticuario i escritor, fué al fin desgraciado i expulso; i despues de una peregrinacion honrosa, fué á morir à Villeta en los brazos del Señor Mosquera, que le hizo exequias pomposísimas.

¡Rara coincidencia del destino! Los dos Prelados tuvieron la misma suerte, los mismos tormentos que sufrir, el mismo fin glorioso preparado. El Neo-granadino debia llegar mas tarde al suyo, lanzàndose por caminos de peligros; pero la Providencia tenia dispuesto que el Prelado compatriota hiciese, en presencia suya, el testamento de la lealtad á sus deberes, le legase su firmeza i su denuedo, i le diese á la orilla de la tumba, que es donde mas aprovecha, una leccion de sacrificio.

Supo hacerlos el Pontífice venezolano, i dar, con esto, dias de gloria á la República. En él el carácter era el hombre, la accion i el pensaminto dos jemelos, la vida deber duro, el honor necesidad. Quien tal tiene, es poderoso para todo. Esto explica su valor jenial. Comprendia lo grande, i por eso fué libre; alcanzaba la verdad, i por eso fué sabio; sentia lo sublime; i por eso fué católico.

Nunca se juzgan mejor los hechos, que pasado el tiempo de su existencia: se disipa entonces la

niebla que los cubria, i se ven claros i en su verdadero tamaño los objetos. Se dice que la distancia los magnifica: es ilusion: lo que sucede es, que han desaparecido ya las pasiones, quedan desembarazados los intermedios, i se ve como desnudo el cuerpo del relieve, que es la historia. El Sr. Méndez era un hombre singular. Cualquiera que sea el juicio que forme de él la crítica jurídica, la Relijion, mas alta, la piedad, mas jenerosa, tomarán á cárgo suyo la defensa. Entre tanto que las escuelas altercan, quien sabe morir por su demanda, ese es grande i ese triunfa. La admiracion no tiene reglas, sino sentimiento; ni cálculo, sino arranques, En los anales de nuestros varones eminentes, las letras de la historia del Señor Méndez siempre estarán iluminadas.

Tal era la joya para la cual la Nueva Granada habia destinado su mas precioso relicario. Eso se hizo en el tiempo de la desgracia, cuando el corazon atesora, para guardar intacta, la memoria de los servicios jenerosos. Venezuela los palpaba; i si no podia pagar, era capaz de agradecer. En materia de gratitud, no satisface quien llena la medida, sino quien llena el corazon.

Los lazos de fraternidad que nos unen con la Repùblica vecina, i el nombre de su Hijo, estaban pidiendo un tributo demostrativo á su memoria por parte de nosotros. Concibió luego el pensamiento para llevarlo á ejecucion el Illmo. i Dignísimo Sr. Arzobispo de Carácas Dr. Silvestre Guevara i Lira, jóven Prelado nacido para hacer cosas grandes en medio de su Grei. Donde hai un bien hecho ó por hacer, donde hai una accion magnánima, allí está su mano, su cooperacion ó su celo. Es un regalo de la Providencia hecho en un dia de regocijo i de triunfo celestial. Si pudieramos leer en su corazon, no hallaríamos mas que dos palabras: "Dios i amor". Si la Piedad hubiera tenido que formar un apóstol en los moldes secretos del Señor, él hubiera sido ese apóstol. Su físico participa de su índole: ni una tension de músculos que indique la viveza de pasiones exaltadas, ni una demostracion jamas de enojo: su risa simpática, i la suave luz de sus ojos, dan con frecuencia á su semblante un báño de grave jovialidad que lo hace franco, dulce i fácil. La virtud en él no es lucha, sino instinto. Su caridad es de siempre: no tiene mañana, medio dia, noche ni descanso. Seria menester ir hasta San Ambrosio, para encontrar su mismo don de jentes, su mismo espíritu evanjélico. Le conocimos i tratamos ántes de ser exaltado al Episcopado: llevaba ya en su compostura el sello del ministerio i la conciencia de su mision. Dios escoje.

Los Ilustrísimos i Dignísimos Señores Obispos de Guayana i Trícala, que estaban á la sazon en la ciudad, coadyuvaron entusiasmados à la idea de los funerales del Sr. Mosquera, los cuales se dispuso hacer, como una especial prueba de honor, en la Santa Iglesia Metropolitana. He aquí el oficio que el Sr. Arzobispo pasó al mui Reverendo Sr. Dean i Cabildo:

„ Carácas, Marzo 15 de 1854. – Mui Venera-
„ble Sr. Dean i Cabildo. – La muerte del Illmo.
„ Sr. Dr. Manuel José Mosquera, dignísimo Arzo-
„ bispo de Santa Fé de Bogotà, ocurrida en Mar-
„ sella, es un acontecimiento que afecta dolorosa-
„ mente á toda la Iglesia Católica, que en él ha
„ perdido uno de sus mas ilustres defensores. Nues-
„ tra Iglesia debe participar con tanta mas razon
„ de este duelo jeneral, cuanto que no podemos
„ ménos que recordar en esta ocasion, los esplén-
„ didos honores fúnebres que aquel jeneroso

„Arzobispo hizo en Bogotà á nuestro Dignísimo „Predecesor el Illmo. Señor Dr. Ramon Ignacio „Méndez, de grata memoria. Por este doble mo- „tivo, i de acuerdo con los Ilustrísimos Señores „ Obispos de Guayana i Trícala que se hallan en „esta capital, hemos resuelto: que el dia 23 de „los corrientes se celebren honras en la Santa Iglesia „Metropolitana en justo homenaje de gratitud à la „respetable memoria de tan digno Prelado, honor „del episcopado americano".

„Desde luego hemos contado con que US. mui „Venerable, animado sin duda de los mismos „sentimientos, acojerá gustoso este pensamiento, „i tomará las medidas necesarias à fin de que ten- „ga lugar dicho solemne acto en el indicado dia, „á cuyo fin tenemos el honor de participarlo á US. „mui Venerable".

„Dios Nuestro Señor guarde à US. mui Vene- „rable muchos años.—Silvestre, Arzobispo de „Caràcas".

El Cabildo, compuesto de eclesíasticos distinguidos por su ciencia, por sus lauros académicos, i por sus servicios à la Relijion, se prestó gustoso à cooperar, i contestó en una nota que honra tanto su caràcter como sus sentimientos.

"Carácas, Marzo 17 de 1854.—Reverendísimo „Señor Arzobispo de Carácas i Venezuela.— En „el Cabildo ordinario del 15 del mes que cursa; „i despues de tomada en consideracion una nota „oficial de S. S. Illma. con fecha del propio dia, „por la cual se sirve excitar á este Cuerpo á cele- „brar honras al Illmo. Sr. Dr. Manuel José Mos- „quera, dignísimo Arzobispo de Santa Fé de Bogo- „tá, que ha fallecido en Marsella, se acordó por „unanimidad contestar á S. S. Illma. en los tér- „minos siguientes:"

"El Cabildo se ha impuesto con suma satisfaccion „de la nota con que S. S. Illma. le ha honrado, „relativamente à las exequias que se ha servido „disponer se celebren en esta S. I. M., en honor „del Illmo Prelado difunto: i que abundando este „Cuerpo en los mismos sentimientos de piedad í „gratitud que S. S. Illma. interesa, se presta gus- „toso á que aquellas se verifiquen el dia señalado, „ofreciendo el Cabildo por su parte toda su coo- „peracion."

"Los miembros del Cabildo, que con la mayor „complacencia suscribimos esta comunicacion, „tenemos la honra de orientar à S. S. Illma. del „acuerdo que precede, transcribiéndoselo para su „intelijencia i satisfaccion, i en contestacion à su „nota memorada".

"Con la mas alta cosideracion i respeto somos „de S. S. Illma. obsecuentes servidores.—Illmo. „Señor.—M. Romero.—Domingo Quintero.—Die- „go Cordova.—J. M. Rivero.—Jose Eustaquio „Vaamonde.— Arroyo."

El 23 del pasado Marzo fué el dia señalado para las honras, i en el cual se celebraron. El anterior, á las 5 de la tarde, se habia dado en todas las iglesias de la ciudad el doble de seña, que continuó desde las oraciones hasta las ocho de la noche. Los tres Prelados habian encabezado las esquelas de invitacion. La Catedral estaba preparada para el duelo.

Debe decirse que la poblacion lo tenia ya en su alma ántes de manifestarlo en sus semblantes i vestidos, i ansiaba por el momento de dar un testimonio pùblico de él. Contábanse los dias, las horas, los instantes: se pensaba ennoblecer á la América honrando la memoria de un claro americano. El valor con que se muere, eso tiene: deja

ver sobre la tumba, de la inmortalidad que comienza, parte de su luz i de su fuego, i la Vestal de ese fuego es la Alabanza. Es un premio mas de la virtud. La calumnia no hace tanto mal como la envidia, i ya no la hai para las sombras: no puede clavar su diente, i las deja. Despues de la muerte es que comienza la justicia para los hombres.

La Iglesia no tenia ningun recargo de esos adornos conque la riqueza de las artes acude algunas veces à contentar el gusto profano de los ojos, i á suplir, con símbolos i formas, demostraciones de dolor que no pueden estar sino en el dolor mismo. El dolor no tiene mas símbolo que el llanto. Las columnas i muros desnudos como en señal de amargo desconsuelo, delante del catafalco seis grandes blandones plateados con seis cirios blanquísimos ardiendo, debajo de la cúpula el catafalco levantado como un voto de esperanza, recojimiento relijioso, silencio santo, tristeza sublime, sombras de eternidad en el recinto, sombras de misterio en el Santuario.... no habia mas. Eso i Dios, es lo que constituye la majestad de los templos.

El monumento, todo de madera, figurando mármoles varios, hábilmente pintados, para hacer completa la ilusion, estaba colocado en lo que se llama calle peregrina, solada de uno á otro extremo de grandes màrmoles blancos i azules. Componíase de tres partes principales: un basamento de 4 varas en cuadro i casi 3 de alto, formando dos grandes gradas de mármol rojo de Levante i otro morado llamado Porta-Santa; un pedestal corintio de 3 varas de altura, de marmol morado mas claro, i de alabastro; i sobre una pieza arquitectónica que seguia, la copa cineraria que usaban los griegos para depositar las cenizas de sus grandes hombres, toda

dorada, i contrahaciendo, con verde esmalte, esmeraldas embutidas.

En los cuatro ángulos de la primera grada se veian arder, como la luz de la purificacion, cuatro làmparas de gas blanco, de figura semiesférica inversa con su pie, caprichosamente colocadas sobre vástagos, cada uno de ellos con una especie de hoja que se adelantaba à recibir el platillo de descanso. La luz que arde á la orilla de la tumba abre un resquicio para mirar la eternidad. Al pie del pedestal, en la segunda grada, sobre un cojin de terciopelo encarnado, estaban colocadas las insignias episcopales, al lado izquierdo el bàculo, al derecho la cruz arzobispal, en el medio la mitra preciosa: todo enlutado con un velo negro de crespon claro, las puntas guarnecidas con fluecos de hilo de oro, algunas estrellas doradas al rededor de una orla dorada tambien, i en el centro una M como inicial del apellido *Mosquera*.

Habia, hechas con letras de oro, cuatro inscripciones en las cuatro faces del pedestal. En la anterior se leia:

RMO. D. D. EMMANUELI JOSEPHO MOSQUERA, DIGNISSIMO ARCHIEPISCOPO SANTÆ FIDEI DE BOGOTÁ, QUI OB ECCLESIÆ LIBERTATIS DEFENSIONEM EXUL EFFECTUS, MASSILIA OBDORMIVIT IN DOMINO.

ARCHIEP. CARACENSIS, EPISCOPI GUAIANÆ ET TRICALÆ, CAPIT. METROPOLIT., HUJUSQUE CIVITATIS CLERUS, IN MŒRORIS ET GRATITUDINIS TESTIMÓNIUM, MONUMENTUM

P. D. C.

ANNO R. S. MDCCCLIV.

En la posterior estaba:

CONTRA OMNES ADVERSARIOS SCUTUM TIMORIS DEI TANDIU INFATIGABILITER TENUIT, DONEC AD VICTORIAM PERVENERIT.

Al lado izquierdo:

VIDEBO PATREM ANTEQUAM MORIAR: HÆC SPES MEA, ET ORATIO ANIMÆ MEÆ.

Al lado derecho:

DILEXI JUSTITIAM, ET ODIVI INIQUITATEM, PROPTEREA MORIOR IN EXILIO.

El concurso correspondió á la grandeza del objeto. El Clero, el Seminario Tridentino, las Cámaras lejislativas, el cuerpo diplomàtico, los empleados del Gobierno, i multitud de personas mas de diferentes condiciones, todos vestidos de riguroso luto, i sentados en asientos preparados de antemano, hicieron cortejo fúnebre al acto relijioso. La enfermedad del Señor Arzobispo, que lo tenia en cama hacia dos dias, le impidió asistir; pero hizo de Preste el Sr. Doctoral Dr. Domingo Quintero. Por lo demas, nada faltaba: los altares estaban colgados de nuevo, la contemplacion era profunda, la música solemne. Principiaron los oficios.

El alma en esos momentos, sueltas las ataduras de la tierra, se lanza en pos de lo infinito. Siéntese sin grillos, fácil, presta, alada i vuela. Los espacios de Milton, las profundidades bíblicas, las extendidísimas parábolas de los cometas, los caminos de la luz, crúzalos, devòralos, i apénas principia el mar de los espacios. Horizonte tras horizonte, bóveda tras bóveda, hasta que se cansa la imajinacion, hasta que se doblan las alas de rendidas, no ve en ellos otra cosa que soles por fanales. El tabernáculo del Señor, donde el pan es caridad i las cosechas Providencia, està mas léjos; no se ve, no se alcanza sino por los que estuvieren preparados. Cércanlo en torno sombras terribles de misterio, silencio de majestad imperturbable, espesísimas nubes que le sirven de ancho asiento, i cielos de zafir de pabellon.

¡Qué pequeño aparece luego el hombre! Gloria, grandeza, honores, fama, poder, todo es humo, sombras de aves pasajeras, errantes como los sueños, que no dejan por donde pasan seña ni rastro. El que un instante viene despues, nada sabe, ó sabe poco. Esas pirámides soberbias, esas inscripciones mentirosas, esos arcos de triunfo, son suplementos con que la humana gloria oculta de ordinario su propia insuficiencia. El contraste siempre como sello de las cosas: para el Trebia hai Zama, para Tilsit Fontainebleau. Roma mandó un tiempo sus águilas á viajar por el mundo, i viajaban por su casa: Gengis-Kan soñó un dia en Tonkat la dominacion universal, viendo el Asia de rodillas: Napoleon en Erfurt creyó que la gloria era su esclava.....Nada queda de esas colosales creaciones.....la historia apénas para recordar la instabilidad. Esos hombres extraordinarios que, como fuego bajado del cielo, por donde quiera que pasan, destrozan, talan, queman, amedrentan, son como relámpagos de tempestad: vense brillar, serpear, pasar, i un momento despues ya las tinieblas han ocupado i borrado sus caminos. Nos creemos autores, i somos instrumentos; criadores, i somos criaturas. Los imperios se levantan i caen, el renombre radia i se apaga: vienen otros imperios i otro renombre á sustituir à los primeros. Hace tiempo que Babilonia i Ménfis no están sino en el mapa. Acontecimientos, revoluciones, leyes, usos, costumbres, todo es de un dia, ó de dias que se acaban: como las olas del mar, dejan ahora lucir al sol sus espumas, i mas despues están en el abismo. Hai una fuerza oculta que mueve, divide, amasa i trasforma. Los pueblos Dios mismo los exalta, i luego los rae de la sobrehaz de la tierra. Todo es así, todo, en la historia de la humanidad; i si colocados en la corriente de los siglos, nos estamos à ver pasar

el fúnebre convoi de las naciones sepultadas, en sus escombros, en sus trozos de obeliscos, en sus mármoles i bronces quebrantados, i en el silencio de las tumbas, que no mienten, no hallaremos mas que lágrimas, miseria, polvo, nada.

No hai mas; al fin, que Dios. Solo él perdura, manda i triunfa. Lo ve uno claro, casi lo toca entre las meditaciones i sombras del sepulcro. Las pompas del mundo ya no existen, la fiebre ajitada de las pasiones está apagada. Allí reina la verdad como en su palacio, i el libro de la vida puede leerse sin comentarios. En él está todo: está que las virtudes son la única escala para el Cielo, la caridad la única fuerza para subirla, i sus obras el unico viático suculento que acompaña hasta el fin de la jornada. Esa es la sabiduría. La muerte es triunfo entónces; i el catolicismo es grande, porque su doctrina no es mas que la preparacion para la muerte.

Contribuia á hacer mas instructiva la leccion, el patético lamento de la música. La música del cristianismo resonando en las bóvedas de un templo cristiano, en presencia del Santuario, delante de un monumento, i sirviendo de eco à la memoria de un hombre extraordinario que no existe, es admirable. Es una lluvia de làgrimas que cae toda sobre el corazon, i lo obliga á sentir profundamente, enternecerse i llorar.

Dominados estábamos de estas impresiones, cuando subió á la cátedra sagrada, para hacerlas mas vivas, el orador escojido. El Illmo. Sr. Dr. Mariano Fernández Fortique merece bien el nombre. Orador es el que sabe pintar la verdad i las pasiones, i él lo sabe. Capaz de arrebatarse hasta el estro, i amante de la belleza, su frase es fuego ó luz. Adorador de las formas, es un artista consumado que se complace en tallarlas i pulirlas. Tiene moldes;

pero esos moldes son los de la naturaleza. Con inclinacion à la pintura, no hubiera sido Jordan sino Coello. Su sensibilidad no es un accidente sino un raudal del corazon. Ese raudal baña, tiñe todas sus ideas, ora se exalten para sublimar el heroismo, ora se humillen hasta el dolor para llorar el infortunio. Su palabra no se forma en los lábios, sino en la oficina del pensamiento; i de aquí nace que no tenga letras sino espíritu. En lo privado como en lo público, orando ó platicando en medio de sus circulos, siempre es el mismo: De un gusto ático, de una instruccion amena, de unas maneras cultas; i galante, pulcro i fácil, asiste uno á su conversacion como á un museo. Lo que tiene de firme su carácter evanjélico, tiene de dulce i blanda su índole. Para hacer un amigo no tiene mas que hablar, para hacer comprender un afecto, que expresarlo. Las circunstancias contribuyen mas de lo que se cree al desarrollo de los talentos. En el siglo IV el Sr. Fortique se hubiera parecido mucho á San Basilio por su graciosa sencillez, en el siglo de Luis XIV á Fenelon por su ternura. Estas dotes, unidas al caudal de su doctrina, le daban superioridad en la tribuna.

El discurso fué magnìfico i á la altura, del personaje. El orador acompañó al Prelado granadino en el curso de su vida hasta su muerte, i con pinceladas rápidas i maestras, (de manera que podia uno seguirlo con la vista) lo condujo alternativamente á los honores académicos, á las Dignidades de la Iglesia, al Pontificado, al destierro, i à la gloria. El ojo lo veía todo como en un cuadro, i lo veía bien, por bien trazado. Goces, penas, vicisitudes, causas, lucha, todo estaba en su lugar, en su ocasion i en su forma. El estilo elevado, el lenguaje culto, las imàjenes vivas, las descripciones pomposas, las situaciones patéticas.

Él pinta de esta manera lo veleidoso de las cosas mundanas: « Una leccion mas, amados hermanos mios, una leccion mas sobre la vanidad de las grandezas humanas, lo transitorio de las terrenales glorias, i la rapidez con que pasan las figuras de este mundo. Ayer no mas admirábamos la felicidad del varon ilustre cuya memoria nos ocupa tristemente en este dia: ayer no mas le veiamos rodeado de todo el brillo que dan el nacimiento, la fortuna, las ciencias, las altas dignidades, sorprendido él mismo de su propia dicha; i hoi ya le vemos perseguido, desterrado i enfermo, rendirse al peso de tantos infortunios, i espirar por último en una tierra extraña, léjos de su amada grei, sin el consuelo de dirijirle las últimas palabras de su amor i darle su postrera bendicion.»

Al hablarse de la expatriacion, dejánse oir estos sentidos conceptos. «Dice (el Sr. Mosquera) á su patria su último adios, i entregado á la Divina Providencia, da principio á esa larga peregrinacion llena de tormentos i de glorias, en qué, como discípulo de Jesus, alternativamente recibe los resplandores del Tabor i participa de los dolores del Gólgota.»

El ilustre desterrado no puede en Amiens concurrir á la solemne procesion de Santa Teudosia, i la vé pasar así: «En el umbral de un hospicio de caridad situado en el tránsito, revestido de pontifical, sentado en un trono, solitario, inmóvil, silencioso, profundamente afectado de aquella pomposa ceremonia i de sus tristes recuerdos, el Arzobispo de Bogotá se deja ver como la imájen de un Santo Pontífice, expuesta allí á la veneracion pública.»

Por último, el orador sorprende por el modo con que expresa, así como fué sorprendente por sí

misma, la muerte del Pontífice americano: «A elojio tan espléndido,» trae, (el del Abate Combalot) «que como un gran golpe de luz ha venido à iluminar el pálido cuadro que habia podido yo trazar, yo no debo, Cristianos, añadir ni una sola palabra mas. Seguiré en silencio al Prelado moribundo, en sus lentas i tristes jornadas, hasta llegar á Marsella.....i.....aquí, ah! aquí, yo no abriré mis làbios sino para deciros: ¡ha muerto!»

El auditorio quedó satisfecho: el orador habia conmovido. Despues de los combates de la vida, le gusta á uno hallar el premio, despues de las virtudes corona, despues del desconsuelo la Relijion, despues del error la verdad, despues del mundo á Dios. El corazon descanza, goza, triunfa; i si llora, el llanto es como la lluvia que cae sobre los ávidos sembrados: lluvia de vida i de provecho.

En especial el Sr. Obispo de Tricalá Dr. Mariano Talavera, que presidia el Clero, estuvo constantemente anegado en lágrimas. ! Alma superior que no sabe estar sino volando! ¡Anciano venerable cuyas canas son el título i la señal de mil merecimientos! Revolvìa tal vez en su mente á la sazon la humanidad, el hombre, sus destinos; i perdido en ellos, apelaba al llanto, que es el mejor idioma para Dios. Las águilas son las que pueden elevarse para ver, cuan hondos son, los precipicios i el abismo. Habia respirado la atmósfera de nuestra gloria primitiva, habia visto salir las portentosas creaciones de la boca de Bolìvar, habia seguido el pendon de la Independencia, habia predicado la Accion de Boyacá i los triunfos del Perú, habia estudiado todo i lo sabia, habia sido un pasmo de elocuencia en la tribuna; i estaba allí como un monumento venerable de la Libertad i de la Iglesia. Docto, prudente, desprendido, firme jene-

roso, el Sr. Talavera hubiera sido ornamento de cualquier síglo. Tal era el Prelado que lloraba al pié del monumento del proscrito.

Terminada la oracion: los dos Obispos presentes i dos Canónigos, cantaron los cuatro responsos extraordinarios, i el quinto el celebrante. Esa entonacion lúgubre que parece el llanto de la agonía, lleva un baño tan dulce de esperanza, que casi halla uno el otorgamiento al lado mismo de la súplica. Aquellas oraciones, aquellas quejas ahogadas entre las columnas de incienso que suben en lentas espirales á lo alto como en señal de humildad, son un espectáculo sublime, patético, conmovedor. Allí la peticion casi impone la fuerza. El mundo ha acompañado al difunto hasta las melodías de la música; todavía allí se embriaga el alma: hasta el discurso fúnebre; todavía allí se escucha la voz de la alabanza. A poco se interpone el silencio, es profundo.....Ya todos como que se han ido.....Como que queda la criatura á solas con su Creador, el alma á solas con Dios.....Como que vá á principiar el tremendo juicio.....La Relijion, entónces como siempre, es tan injeniosa, que no abandona á su protejido. Va luego, i busca, i trae, i pone de intercesora, i obliga á rogar en ese trance, colocada de rodillas en la puerta de la eternidad, á la Iglesia, à la que se fundó en el Gólgota, á la que triunfó en el Capitolio, á la regada con la sangre de los mártires, à la que ha atravesado los siglos, á la que ha ilustrado la humanidad, á la Madre del amor, á la Hija del Cielo, á la Castísima Esposa de Jesus.....Entre la vida i la muerte hai horribles sombras de espanto. Solo el Catolicismo posee la luz que las discipa.

Hondos sentimientos, provechosas lecciones quedan gravadas en el alma para no borrarse nunca.

La filosofia práctica trascendental es el conocimiento del bien i el mal; i allí, en esos momentos, es que pueden alcanzarse esas ideas. Todo se vé como es, sin decoraciones, sin trajes, sin disfraz. El orgullo ya no se hincha, ni el amor propio ciega, ni la ambicion se precipita; ni la lisonja embriaga, ni la gloria sueña. La farsa se ha acabado, el rei no es rei, ni el conquistador conquistador, ni el príncipe príncipe: ya todos son hermanos, compañeros, iguales: fué un supuesto, una ficcion, un drama: se habló un momentó de él, i mas despues nada se habló. La vanidad, el renombre, los humos del triunfo, el poderío, las riquezas, son fantasmas que fueron i no son; son sueños que se tuvieron, i apénas pueden recordarse; son como las nubes, candidos i espesos copos de vellon, vistas de léjos, i de cerca, tenuísimo vapor, que no tiene cuerpo ni figura.

Tales eran los pensamientos en que estaba sumerjido el concurso al despedirse de la Iglesia. Se retiró profundamente afectado, i sin duda tambien profundamente satisfecho. Se acababa de dar el último adios á un contemporáneo célebre, se acababa de sellar una brillante historia; pero ese adios era de vida, i ese sello de virtud. La estrella habia declinado, pero era para atravezar otros espacios, tachonar otras bóvedas, derramar su luz en otros cielos.

A los cinco dias de celebradas las honras entró en Carácas, á llenar su puesto de Senador por la provincia de Mérida, el Illmo. i Dignísimo Obispo de la Diócesis del mismo nombre, Sr. Dr. Juan Hilario Boset. No le tocó estar en ellas, pero puede decirse que le alcanzó el incienso del sacrificio. Casi se acababa de quemar sobre los altares. Hubiera hecho digna figura al lado de sus Herma-

nos, hubiera sido una gala mas de la funcion. De caracter anjelical, no conoce el mal sino de nombre. Esa dote del corazon es el título que dá mas derecho al sacerdocio. La elocuencia es la persuacion, i el bien lo predicarà mejor quien mas lo crea. De las cosas, de los actos humanos, no sabe sino lo justo: si lo pusieran á escribir la historia del mundo, escribiria la del Cielo. En los tiempos primitivos de la Iglesia hubiera sido siempre Obispo, i elejido en especial por su piedad. La tiene en el corazon, i como su corazon està en los labios, su palabra es siempre amor. Versado en las ciencias morales i en la liturjia, dotado de prudencia consumada, de costumbres evanjélicas, i enriquecido con una erudicion bíblica profunda, nada le falta para ser un Pontífice digno de la Iglesia. Nos sentimos conmovidos al escribir este rasgo, porque fué nuestro maestro.

De esta manera quiso la Providencia, en honor del Sr. Mosquera, que se reuniesen, con poco tiempo no mas de diferencia los cuatro Prelados de Venezuela en el lugar donde la Relijion recojia todas sus pompas para hacer solemnes las exéquias.

Venezuela creyó que debia hacerlas, i las hizo. Estaba de por medio una notabilidad de la América, un hombre de la Fama, un Confesor valeroso, el primer Pontífice de la Nueva Granada. Ella es nuestra hermana, i no es menester decir mas. Relijion, usos, costumbres, lengua, destino, hasta el oríjen, todo nos es comun; i los pueblos no tienen otros lazos. Nacimos del mismo aliento del Jenio, comimos el mismo pan de la desgracia, bebimos el mismo vino de la prosperidad: vicisitudes, reveces, trances, hazañas, lo mismo en proporciones iguales para todos; i ora en medio de pàramos i nieves,

ora entre desiertos horríbles, desesperando ó gozando, en los lugares de la muerte, ó en el alcazar de la Victoria, nos sirvió siempre de guia la misma enseña gloriosa. Nuestra sangre se mezcló en los campos de batalla; i los votos de los bravos que caían, se vieron muchas veces confundidos en un mismo aliento de entusiasmo, como la última profesion de fé política, como el testamento del honor. Juntos peleamos, juntos hicimos una cruzada de heroismo. Despues de un abrazo de union, marchamos en brillante peregrinacion, en peregrinacion de triunfos, desde el pié de las cordilleras colombianas hasta las arjentadas cimas del Perú. El dia grande de Colombia, el dia que se dió el banquete de la Libertad, eran unos mismos nuestros héroes, nuestros trofeos, nuestras palmas. Miéntras los Andes subsístan, miéntras la historia no se borre, miéntras el nombre de Bolívar esté escrito en sus colosales creaciones, el vínculo de nuestro amor será imperecedero. No: no debe relajarse nunca. De otra suerte, las sombras de Boyacá se levantarian para decirnos: «Rompeis con la discordia lo que nosotros sellamos con la sangre.»

Vea pues, la Nueva Granada los sentimientos de fraternidad que abriga nuestra República hácia ella, por el aprecio que se hace acá de su nombre, de su gloria i de su Hijo.

Carácas, abril 10 de 1854.

CECILIO ACOSTA.

ORACION FÚNEBRE

QUE EN LAS EXÉQUIAS

HECHAS POR EL CLERO DE CARACAS

AL ILUSTRISIMO SEÑOR

DR. MANUEL JOSÉ MOSQUERA,

ARZOBISPO DE SANTAFE DE BOGOTA,

Pronunció en la Santa Iglesia Metropolitana

EL ILUSTRISIMO SEÑOR

MARIANO FERNANDEZ FORTIQUE,

OBISPO DE GUAYANA,

El dia 23 de marzo de 1854.

Vita decessit. universæ genti memoriam mortis suæ ad exemplum virtutis er fortitudinis derelinquens.

II. MACH. 6. 31.

No extrañeis, Cristianos, que yo ocupe hoi la Cátedra sagrada despues de haber estado tantos años separado del ministerio público de la divina palabra. La Esposa del Rei de la Gloria ha perdido uno de sus mas ilustres i queridos Príncipes; por todas partes busca órganos á su justo dolor,

ecos que repitan sus merecidas alabanzas; i yo, antiguo i constante admirador de sus talentos i virtudes, yo que quisiera que toda lengua pronunciara un elojio sobre su tumba, he debido hacer un esfuerzo para servir de intérprete á los sentimientos de gratitud i veneracion de la Iglesia venezolana, en la muerte de ese primer Pontífice de la Iglesia neogranadina.

Una leccion mas, amados hermanos mios, una leccion mas sobre la vanidad de las grandezas humanas, lo transitorio de las terrenales glorias, i la rapidez con que pasan las figuras de este mundo. Ayer no mas admirabamos la felicidad del varon ilustre cuya memoria nos ocupa tristemente en este dia: ayer no mas le veiamos rodeado de todo el brillo que dan el nacimiento, la fortuna, las ciencias, las altas dignidades, sorprendido él mismo de su propia dicha. I hoi ya le vemos perseguido, desterrado i enfermo, rendirse al peso de tantos infortunios, i espirar por último en una tierra extraña, léjos de su amada grei, sin el consuelo de dirijirle las últimas palabras de su amor i darle su postrera bendicion.

¡ Profundidades adorables de la divina sabiduría que rije los destinos de la humanidad, i donde no es dado al hombre penetrar! pero en que se descubre el designio de instruirnos sobre la necesaria dependencia de Dios en que vivimos; el dominio soberano que tiene en las criaturas, su excelsa grandeza i nuestra nada; i mas que todo, sobre la incertidumbre del tiempo de nuestra peregrinacion sobre la tierra.

Pero si esa tumba es el símbolo de la que contiene las humildes cenizas del Prelado ilustre que lloramos: si nos está anunciando la miseria del hombre, i el triunfo de la muerte; ella es tambien

à mis ojos un monumento de honor i de gloria en que me parece ver escritas estas dos palabras de la Fé: CIELO, INMORTALIDAD. Cielo eterno para el varon justo que ha temido á Dios: inmortalidad gloriosa para el varon fuerte que se ha sacrificado por su amor. I el magnánimo Pontífice Neogranadino ha merecido mui bien esta doble recompensa; porque cual otro jeneroso Eleazaro ha preferido morir, àntes que violar las leyes santas del Señor; dejando á su Nacion i á todo el mundo cristiano, en la memoria de su muerte, un hermoso ejemplo de virtud i de fortaleza. *Vita decessit. universœ genti memoriam mortis suæ ad exemplum virtutis et fortitudinis derelinquens.* Ejemplo de una virtud pura que resplandeció en los dias de la prosperidad. Ejemplo de una fortaleza heróica que triunfó gloriosamente en los dias de la adversidad.

Estos dos pensamientos formarán, Cristianos, el elojio que, con la asistencia del espíritu Divino, voi á consagrar á la memoria del Ilustrísimo Sr. Dr. MANUEL JOSÉ MOSQUERA, Dignisimo Arzobispo de Santafé de Bogotá.

I.

No siempre se trasmiten á los hijos las virtudes de los padres, i la historia nos ofrece numerosos ejemplos de projenitores ilustres en cuyas familias se ha perdido luego la gloria de su nombre, como la de esos rios célebres que en la mitad de su carrera se hunden i desaparecen de la faz de la tierra. Pero el jóven MOSQUERA fué un reflejo vivo del carácter eminentemente moral i cristiano de su digno padre, de quien el gran Bolívar llegó á decir en un momento de entusiasmo por las altas prendas de aquel anciano venerable: «Si yo hu-

biera podido darme un padre, hubiera elejido al Sr. José María Mosquera.»

Fácil es concebir la educacion esmerada que tan buen padre daría á un hijo visiblemente favorecido por la naturaleza i por la gracia, como que estaba destinado à ser la piedra mas preciosa de la corona de honor que lleva su ilustre familia, un bello ornamento en la sociedad, i una luz que habia de brillar tanto en la Iglesia de Dios.

Una juventud tranquila, inocente, consagrada al estudio i a la piedad, sirvió de preparacion al Señor MOSQUERA para recibir el sacerdocio, à que se sintió inclinado desde sus primeros años por una de esas vocaciones decididas en que claramente se reconoce la voluntad de Dios. El nuevo Sacerdote se ve mui luego honrado con los primeros oficios de la Iglesia de Popayan, su patria: Canónigo doctoral, Rector del Seminario, Rector tambien de la Universidad, Catedrático, Vicario Jeneral i consultor de su dignísimo Obispo, el Sr. MOSQUERA llegó à ser el alma, el modelo i el oráculo de aquel Clero, sin pretenderlo, i solo por el poderoso ascendiente del jénio i de la sabiduría.

Es verdad que el conocimiento de Jesucristo fué siempre para el Sr. MOSQUERA la primera i mas importante de las ciencais, i la Cruz su única gloria. Pero él habia conocido desde mui temprano que el ministerio de la Relijion debe ser una fuente pública de sabiduría, la luz moral de los pueblos; i cuidó de enriquecer i adornar su espíritu con el estudio de las ciencias divinas i profanas, de que fué maestro. Su temprana reputacion dió claro testimonio del fruto abundante que habia reportado de sus tareas literarias.

En esta parte de su elojio están felizmente de acuerdo sus detractores con los admiradores mas apasionados de su alta capacidad: i si faltasen estos votos de justicia, están hai sus escritos llenos de gracia i verdad, en que se admira la pureza i solidez de los antiguos Padres, que supo juntar con las galas i bellezas del estilo, para que la desdeñosa juventud se resolviera à gustar las severas verdades del Evanjelio, que si no entónces mas tarde habian de germinar en sus corazones.

Un Sacerdote que honraba tanto à la Iglesia por sus virtudes i doctrina, parecia llamado a ocupar un asiento entre sus Pontífices. En efecto. Mientras. que el Señor MOSQUERA se preparaba para ir á visitar esa Italia que no habia de ver jamas, es elevado á la importante Silla Metropolitana de Santafé de Bogotà, cuando apénas tenia treinta i cinco años de edad. Su humildad se alarma, se turba su conciencia: él tiembla ante un ministerio que cree mui superior à sus fuerzas. No aceptarlo fué su primer pensamiento; mas el bien de la Iglesia, por el que estuvo siempre dispuesto á todo jénero de sacrificios, el voto general de la Nacion, los generosos esfuerzos de su propio Obispo, i su profundo respecto al Supremo Pastor, que con honrosas manifestaciones de aprecio se apresura á instituirle, al fin le determinan á aceptar el Episcopado, adorando en su rapida elevacion los inescrutables juicios de Dios.

Postrado à los pies de el mismo Obispo que le habia conferido el Sacerdocio, lleno de un temor santo i de una edificante devocion, el piadoso MOSQUERA inclina su cerviz al yugo del Evanjelio, recibe la misteriosa imposicion de manos, i sobre su cabeza se derrama el sagrado bàlsamo de Aaron, símbolo de la gracia abundante que el Espìritu Santo comunicà á los Pontífices de la nueva lei. El pueblo saluda con trasportes de una alegría santa al nuevo Pastor que el cielo le

concede, i la consagracion de tan ilustre hijo es un motivo de gozo público para toda la Nueva Granada, que le contempla como uno de sus mas bellos títulos de gloria. Gloria transitoria! Bien pronto habia de aparecer á los ojos de ese mismo pueblo como un varon de dolores, un objeto de compasion, un Pastor herido en medio de su rebaño, como una víctima, en fin, que sucumbe bajo el peso de la adversidad; disponiéndolo casi siempre así la Divina Providencia para que ese poco de polvo animado que se llama hombre no llegue jamàs á emsoberbecerse, i á olvidar que su ser es como nada delante de Dios, segun la expresion de David.

Dotado el Sr. MOSQUERA de todas las virtudes que el Apóstol recomienda á los Obispos, su pastoral solicitud abraza sin dificultad los innumerables objetos del Episcopado; mas él atiende con señalada preferencia a formarse dignos cooperadores de su ministerio. De aquí su empeño por el restablecimiento, mejor diria la fundacion de un Seminario Tridentino, en que consume cuanto se habia reservado de su patrimonio. Forma para este nuevo plantel de Sacerdotes un sábio reglamento, dirije la enseñanza de los alumnos, les escoje los mejores textos, redacta obras elementales, i dá su excelente Instruccion sobre estudios canónicos, que harán siempre honor à sus conocimientos en la lejislacion de la Iglesia. Todo Sacrificio le parece pequeño ante la gran necesidad de formar un Clero á la altura de un siglo de discusion universal: un Clero que por su educacion científica, por su piedad i costumbres, fuese capaz de reanimar el sentimiento relijioso ya debilitado, i de oponerse con éxito à ese espíritu reformador que quiere sustituir las ilusiones de la imajinacion

á las verdades reveladas, i novedades profanas á las venerables tradiciones de la Iglesia. Los espantosos progresos que despues ha hecho ese espíritu innovador, han justificado demasiado la prevision del sábio i vijilante Arzobispo. Ese mismo monumento de su celo, ese santuario en que se educaban los Samueles que habian de rejir despues á aquel pueblo cristiano, ya no existe! Sus alumnos se han dispersado, ó han sido trasladados á establecimientos profanos, en que se respira el aire demasiado libre del mundo, en que podràn formarse para los palacios, mas no para los templos; porque no es fácil conservarse puros i fieles á la lei, como los tres jóvenes hebreos, en los salones de Babilonia.

Ojalà, Cristianos, que la mano de Dios que encadena los mares, ponga diques á ese torrente devastador, i que la espada que ha querido herir el corazon siempre vivo de la Relijion, no haya herido mortalmente el corazon de aquella sociedad!

Animado el Sr. MOSQUERA del mismo espíritu de celo, abraza con entusiasmo el pensamiento de hacer ir á su patria Padres Misioneros, que se consagrasen a la civilizacion cristiana de millares de indíjenas sentados todavía en las sombras de la muerte. Igualmente interesado en la propagacion de la fé i en la educacion relijiosa de la juventud, dà la preferencia á los Padres de la siempre célebre i siempre perseguida Compañía de Jesus, tan aptos para el delicado ministerio de la enseñanza por la sabiduría de sus métodos, i por el insinuante ejemplo de sus virtudes, como para el ministerio terrible de las misiones por su habitual espíritu de sacrificio, i aun de martirio.

Los votos del celoso Pastor se cumplen, i yo

quisiera en este momento poder leeros el discurso elocuentísimo sobre misiones cristianas que pronunció en aquella solemne ocasion. Ah¡ cuànto ardor, cuánto celo, cuánta caridad revela ese hermoso discurso! Diriase que sobre el sucesor de los Apóstoles habia caido una de aquellas lenguas de fuego que recibieron en el Senáculo, i i que dieron á su predicacion la fuerza irresistible que conquistó el mundo todo para Jesucristo.

Quién le habría dicho al Sr. MOSQUERA que el relijioso júbilo que en aquel dia inundó su corazon, habia de convertirse en una de las penas que mas amargaron despues su espíritu, al ver destruida tambien esa obra de su celo, con la inesperada i dura expulsion de aquellos Misioneros! Así fué, Cristianos. Las sombras de la noche ocultaron, como en otro tiempo, à los ojos del pueblo, la salida de esos varones apostólicos. Solo el Cielo fué testigo de sus lágrimas i tribulaciones. Pero no importa una persecucion mas. «Siempre serán bellos los pies de los que evanjelizan la paz, de los que anuncian á los pueblos los bienes verdaderos,» la gracia, la justicia, la caridad; i esos dignos operarios del Evanjelio estaràn ya fecundando con sus sudores una tierra mas agradecida.

A un corazon lleno de tantas virtudes como el del Sr. MOSQUERA, no podia faltarle la reina de todas ellas, la caridad; i una caridad dulce i benéfica como la de Jesus. Siempre sereno, siempre afable i accesible, á todos oia con igual bondad, daba á unos consejos saludables, i resolvia las dudas de otros con la presteza i seguridad de su claro entendimiento. Defendía á la viuda i al huérfano, i derramaba abundantes limosnas en el seno de los pobres. La nobleza natural de su co-

razon le hacia hacer el perdon de las ofensas. «No lo siento por mí, escribió desde su destierro, hablando del mas fiero de sus detractores, no lo siento por mí: sino por ese desgraciado que llevará en su conciencia el peso atormentador de su injusticia. Yo siempre rogaré al Señor por él.» (1) Ah! quién no reconoce por este rasgo de dulce caridad al verdadero discípulo de aquel Maestro Divino que oró en la Cruz por sus enemigos!

No imitó ménos al Salvador del mundo en su amor al rebaño que él mismo le habia confiado, i por cuya salud eterna estuvo siempre dispuesto á dar su vida misma, como buen Pastor. Nunca dejó de tenerle delante de sus ojos, de alimentarle con el pan de las divinas doctrinas, i escudarle contra los dardos del error. Solo el destierro pudo separarle de tan querida grei; i eso solo corporalmente, porque su espíritu quedó siempre con ella; ó mas bien porque la llevó á todas partes en el fondó de su corazon.

Rebaño desgraciado! esperabais á vuestro Pastor como el pueblo de Alejandría á su Atanasio, para recibirle entre vivas demostraciones de amor i de respeto; pero ménos afortunado que aquellos fieles, el triunfo que disponiais à vuestro Padre se ha convertido en duelo, en fúnebres plegarias los himnos festivos que debian ostentar vuestra santa alegria, i en vez de los arcos que pensabais levantarle, preparaos para cavarle un sepulcro.

La hospitalidad es tambien una virtud que deben tener los Obispos, i de ella nos ha dejado el Sr. MOSQUERA un ejemplo memorable.

Aquí, Cristianos, yo tengo que fortificar mi corazon contra un doble dolor, porque al recordar este rasgo de hospitalidad magnífica del Arzobispo de

(1) Carta al Ilustrísimo Sr. Obispo de Guayana.

Bogotà, cuya muerte deploramos, debo pronunciar el nombre de uno de nuestros mas dignos Obispos, á quien cupo la dura suerte que mas tarde alcanzó tambien à su noble amigo i protector. Hablo, Cristianos, del Señor Arzobispo Doctor Ramon Ignacio Mendez, cuyo nombre es un título de honor para la Iglesia Católica, i una gloria para la nuestra.

Ese fiel Prelado llegó á encontrar incompatible la observancia de una lei con el juramento que habia prestado en su consagracion; é incapaz de sacrificar su conciencia ni al temor ni á la esperanza, acepta por segunda vez el destierro, i se aleja de su amada grei, que no habia de volverle á ver jamas. Invitado por el jeneroso Mosquera, él se dirije á la Nueva Granada; pero su hora se acercaba ya. Una enfermedad mortal le invade en el largo i penoso tràn-sito, i apénas puede llegar á Villeta. Tan triste noticia va à sorprender al Señor Mosquera en la santa visita, i vuela à colocarse junto al lecho de su moribundo hermano, para no separarse de él sino despues de haberle cerrado para siempre los ojos.

El piadoso Arzobispo de Carácas no desmiente su vida con su muerte, i su fiel compañero, testigo de sus últimos momentos i de sus santas disposiciones, escribe estas palabras que revelan la sublime resignacion del Pontífice de Venezuela i la humildad cristiana del Pontífice Neogranadino: «Dios ha permitido, decia, que el Señor Mendez viniera á espirar en mis brazos, para que aprendiese yo como debe morir un Obispo.» (1) Ah! él aprendió igualmente de tán digno maestro, como es que debe sacrificarse un Obispo en defensa de la Iglesìa.

Los últimos honores rendidos en Bogotá al Pre-

(1) Carta al Illmo Sr. Obispo de Tricalá.

lado difunto, fueron dignos por su magnificencia de los elevados sentimientos del Señor Mosquera, i del alto carácter del huesped desgraciado à quien se tributaron; i la Iglesia de Venezuela, tan honrada entónces en su digno Metropolitano, quisiera que este obsequio fúnebre fuese digno del ilustre Prelado à quien se consagra.

Pero yo renuncio ya, Cristianos, á mi deseo de reunir hoi sobre ese túmulo todos los dispersos rayos de gloria que en los dias de la prosperidad formaron la aureola del Señor Arzobispo Mosquera. No es posible, i mi respeto à su memoria quedará satisfecho si he logrado presentarle á vuestra consideracion, aunque con pálidos colores, como un noble ejemplo de virtud.

II.

Consagrado à sus deberes pastorales, en medio de un pueblo que le veìa como à su padre: venerado del Clero, que se gloriaba de tener à su cabeza à un Prelado tan ilustre i altamente estimado por dos Soberanos Pontífices que desde el Vaticano divisaron la nueva luz que brillaba en el Santuario Neogranadino; el Señor Mosquera parecia tan feliz como es posible serlo en la tierra. Pero, oh instabilidad de las cosas humanas! De repente el astro de su felicidad declina ràpidamente á su ocaso, el cielo se nubla para él, i á los dias de una vida hasta entònces dulce i satisfecha, suceden dias de dolor, tribulacion i amargura. Él se apercibe de este cambiamiento de los decretos de la Providencia, comprende el designio del Señor, i se prepara à la desgracia. El Señor Mosquera se habia hecho aceptable á los ojos de Dios; i era necesario que la tentacion le probase como à Tobias. El no sucumbirá, Cristianos, en esta dura prueba; ántes bien aparecerá mas grande en los dias de la adversidad, i en su

destierro i en su muerte dejará á su pueblo un admirable ejemplo de fortaleza.

Para apreciar debidamente el sacrificio con que el Señor Mosquera termina la carrera de su Episcopado, seria necesario examinar detenidamente las causas que le obligaron á aceptar el destierro como un deber de cuyo cumplimiento no habria podido prescindir, sin mengua del caràcter augusto de que estaba investido, sin privar al Episcopado de un nuevo título de gloria, que la Iglesia tenia derecho á esperar de uno de sus Pastores mas distinguidos por su ciencia, virtudes i firmeza apostólica.

Mas yo no debo hacer aquí la defensa del Señor Arzobispo de Bogotá, ni ventilar cuestiones ya decididas por el voto jeneral del mundo católico. Desempeñó esta noble tarea un varon tan eminente por su sabiduria, como venerable por su piedad. (1) Su brillante apolojía fué su último tributo á la Relijion, á la Iglesia, á la amistad. Cristiano jeneroso, digno de los primeros siglos de la Iglesia! la de Santafé de Bogotà ha vestido luto i derramado abundantes lágrimas en su muerte! Parece, Cristianos que este fiel amigo, presintiendo la muerte del Señor Mosquera, quiso precederle en el viaje á la eternidad, para esperarle en la mansion de los justos i presenciar el momento de júbilo celestial, en que el Príncipe de los Pastores habia de ponerle la corona de justicia i darle la palma de los màrtires, en premio de sus virtudes i de su fortaleza.

Pero si solo debo yo hacer el elojio del Arzobispo Mosquera; ó mas bien celebrar el triunfo de la Iglesia; pues que triunfo es para ella la muerte del justo que sucumbe por la justicia; no por eso dejaré de dar testimonio à la verdad. ¿I por qué no? cuando soi su ministro, i cuando mi corazon no siente otra

(1) El Doctor Rufino Cuervo.

amargura que la de haber perdido un hermano tan ilustre.

Desde algun tiempo en la Nueva Granada se habia comenzado á ver con desconfianza el libre ejercicio de la potestad espiritual de la Iglesia. En ese impetuoso movimiento de los espíritus, que en busca de una suma perfeccion social se extravian hoi de error en error, llegó á considerarse como un obstáculo al progreso de la sociedad, i al desarrollo completo del poder político, esa divina autoridad de la Iglesia, que en vez de opresora, ha sido la defensa i el escudo de la libertad i dignidad del hombre en todos los siglos cristianos; i al fin se dictaron leyes que limitaban ó reglamentaban esta potestad.

El Centinela de Israel, que velaba en el Templo, quiso retirar la mano profana que pretendia tocar las cosas santas, i he aquí el oríjen de las calamidades que vinieron sobre el Arzobispo de Bogotá, i el principio de ese largo i doloroso combate, semejante al de Jacob, del poder de Dios con el poder del hombre: combate en que ha perecido casi todo el Episcopado granadino, edificando al mundo con su espíritu de unidad, su resignacion i firmeza: combate que ha contristado á la América i escandalizado á la Europa, que se han esforzado en reparar con testimonios espléndidos de veneracion los inmerecidos sufrimientos del inocente proscripto, que parece no haber llegado á las riberas del antíguo mundo sino en busca de un sepulcro donde ocultar la ingratitud de su patria.

El Señor Mosquera, aunque apoyado en la justicia, no entró sino con temor en este combate. Por una parte su respeto á los poderes pùblicos, su cordial amor á la patria, i el ejemplo de obediencia que debe á su greí; i por la otra su celo por la glo-

ria de Dios, la claridad de los derechos que defendia, la prevision de males aun mas graves que amenazaban á la Iglesia, i estas palabras del Apóstol que á cada instante le parecia oir: «Cuida de la doctrina que te ha sido encomendada,» intranquilizaban su espíritu i llenaban de mortal ansiedad su corazon.

Mas al fin habla el oráculo de Dios en la tierra, aprueba su conducta i ensalza sus virtudes. En presencia del Sacro Colejio el justo Pio IX llama al Señor Mosquera «Varon digno de los mas grandes elojios, que dotado de piedad singular, i poseyendo la doctrina, la prudencia, el espíritu de consejo i el fuego del celo apostólico, no ha cesado de defender con tanta sabiduria como firmeza la causa de Dios i de su Iglesia."

Como á la voz del Salvador se calmaron los vientos i las olas del mar de Galilea, que ajitaban la nave de Pedro, así á la voz del digno sucesor de este Príncipe de los Apóstoles, se tranquiliza i serena el ajitado espíritu del Arzobispo de Bogotá, satisfecho de haber comprendido su deber en circunstancias tan difíciles i de haberlo llenado con fidelidad i firmeza.

En tanto el Senado le condena al extrañamiento por no haber querido abdicar la autoridad que recibió de Dios para rejir i gobernar su Iglesia. «Si por una fatalidad deplorable, dijo entónces al Senado, si por una fatalidad deplorable se pone la lei civil en contradiccion con la canónica sobre materia eclesiàstica, ¿Qué deberá hacer un Obispo que es en su Diócesis el depositario i guardian de la potestad de los derechos i de la disciplina de la Iglesia? La Iglesia misma le tiene trazádo el camino que han seguido otros Obispos i del cual no le es lícito desviarse."

No se apartará, no, el Arzobispo Mosquera de esta senda gloriosa, por mas ensangrentada que la

vea. Arbitro de su suerte, una sola palabra suya disiparia la tempestad que tronaba sobre su cabeza; pero él tiene el temple de alma de los mártires, é imitará su fortaleza. Sin vacilar un momento, i aunque ya gravemente enfermo, acepta el destierro: encomienda su grei al celo i caridad de los ancianos de su Iglesia, la cual queda ademas bajo la sombra de un sabio i firme Representante de la Silla Apostólica, que va á defenderla, animarla i consolarla en la ausencia de su Pastor: dice á su patria su último adios, i entregado á la Divina Providencia, da principio à esa larga peregrinacion llena de tormentos i de glorias, en que, como discípulo de Jesus, alternativamente recibe los resplandores del Tabor i participa de los dolores del Gólgota.

Sus dignos cólegas, defensores de las mismas doctrinas, beben tambien de su cáliz. El Señor Serrano, Obispo de Santamarta, previene con su muerte inesperada los padecimientos del destierro á que iba á ser condenado. El venerable Tórres i Stans, Obispo de Pamplona, á la edad de ochena años i oprimido de males, viene á honrar á Venezuela con su presencia i á edificarla con su muerte. ¡Dichosos los fieles del Tàchira que pudieron tributar á tan digno huésped el homenaje de su respeto i de su dolor! En recompensa ellos poseen los preciosos restos del justo, i su sepulcro será un monumento perpetuo de la relijiosa piedad de aquel pueblo católico.

Vive el Señor Tórres, Obispo de Cartajena. Las Repúblicas del Perú i de Chile le ofrecen cuanto la hospitalidad tiene de mas honorífico i consolador. Pero el pan del destierro es siempre amargo, í la memoria de su grei, los peligros que corre su fé, los temores de un porvenir incierto, el amor tambien á su patria, son como sombras tristes que caen sobre

los espléndidos obsequios que le tributan la admiracion i la amistad.

No son tan solo los primeros Pastores de la Iglesia Neogranadina los que en la desgracia se han mostrado dignos de su elevada mision. El Clero todo unido à sus Obispos, como estos lo estàn al Supremo Pontífice, opuso allí á los embates del error una parte de esa indestructible cadena de fuerza i unidad que abraza la tierra i hace que en ella, cumpliéndose la palabra de Jesus, no haya sino un solo rebaño i un solo Pastor.

Volvamos ahora al Señor MOSQUERA, que atravesando los mares ha arribado á Nueva York. Allí se calman un tanto sus padecimientos en el seno de una estimable porcion de su familia. Los Prelados, el Clero i el pueblo católico de aquella gran ciudad se apresuran á conocer al ilustre confesor de la fé, i á testificarle el profundo respeto que les inspira la fama de sus virtudes, i de sus sacrificios. En la sala Metropolitana i en medio de un concurso numerosísimo, aquellos fieles le presentan un precioso anillo, símbolo de su fidelidad i amor. El Prelado recibe aquella ofrenda de la fé con mano trémula, por la violenta emocion de gratitud que siente su corazon. Mas no temais, Cristianos, que estas glorias transitorias puedan apartar su mente de la meditacion de los años eternos, ni que sean una tentacion peligrosa para su humildad. A mí me parece que en medio de los altos honores de que se ve rodeado, le oigo exclamar como David, i con el mismo sentimiento de su nada: *Non nobis Domine, non nobis; sed nomini tuo da gloriam.* No á mí, miserable criatura; sino á vuestro excelso mombre sea dada, oh Dios mio, toda alabanza, toda gloria.

Amigo el Sr. MOSQUERA de los niños, como el

Salvador del mundo, visita á las alumnas del Colejio del Sagrado Corazon de Jesus; i con bondad anjelical recibe los inocentes obsequios que bajo cien formas diferentes le presentan aquellas tiernas vírjenes, que con relijioso respeto besan sus santas manos llenas siempre de bendiciones. Todo parecia convidarle á fijar su destierro en aquel afortunado país; pero su corazon estaba en Roma, en esa señora de las naciones levantadas á la sombra de la Cruz. El queria visitar al inmortal Pio IX: darle cuenta de su administracion i oir sus decisiones venerables. Queria ver con sus propios ojos esa Cátedra de Pedro, à que habia estado inseparablemente unido, i cuyos derechos habia tan valerosamente defendido. Queria templar todavía mas las armas de su fé en las aguas de esa rica fuente de doctrinas que nace al pié del trono pontificio, de donde desciende á regar toda la tierra. Pero los juicios de Dios son un insondable abismo! El corazon del piadoso Prelado no se regocijará con la vista de la nueva Sion; i cuàl otro Moises morirà àntes de llegar á la tierra Santa del mundo cristiano.

Impelido de aquel ferviente deseo, i como olvidado del estado alarmante de su débil salud, el Sr. MOSQUERA continúa su triste viaje: vuelve à lanzarse à los mares, i en Inglaterra, i en Francia, i por donde quiera que pasa se vé rodeado de fieles que le admiran i le rinden profundos respetos, como si quisieran vengarle con estas demostraciones honrosas de las humillaciones que habia padecido.

Llega á Paris; i esa capital del mundo intelectual, centro de la mas alta civilizacion, donde ha habido siempre una palma para cada accion heróica, un premio para cada talento, i una recompensa para cada virtud, recibe con ostentosas dis-

tinciones de estimacion al eminente Prelado, que en su tránsito quiere saludar á su ilustre Arzobispo, conocer á sus afamados sábios, observar los inmensos progresos de las ciencias i las artes, i admirar los monumentos consagrados por la Relijion.

Pero la muerte, que cual si fuera su sombra le sigue á todas partes, pareció que iba á darle ya su último golpe en aquella suntuosa capital. El amante i fiel hermano que le acompaña se abandona á un dolor acerbo, porque ha perdido ya toda esperanza. La Relijion vuela á llevar al Prelado moribundo sus últimos consuelos, i por momentos se cree que và exhalar el postrer suspiro. Pero la mano de Dios que le habia llevado hasta el borde del sepulcro, le retira de él, porque le tiene preparados nuevos triunfos, i tambien nuevos sufrimientos.

Vuelto á la vida, por decirlo así, recibe una carta en que el jeneroso Pio IX le protesta de nuevo «el alto aprecio en que tiene su admirable valor en defender la causa de la Iglesia, en sostener sus derechos, i en desempeñar el cargo pastoral: le significa la pena profunda que le causan sus padecimientos: lo grato que le será su llegada á Roma, i los vivos deseos que tiene de estrecharle en sus brazos con estrañable afecto, gozar de su presencia i conversacion, i congratularse con èl por sus singulares merecimientos en servicio de la Relijion Católica.» Esta carta, Cristianos, que sera para siempre el mejor panejírico con que pueda honrarse la memoria del Illmo. MOSQUERA, pareció haberle comunicado un nuevo espìritu de vida· se incorpora, se reanima, renace en su corazon el deseo i la esperanza de llegar á la Ciudad eterna, i con una seguridad que enternece escribe en su contestacion estas palabras: «*Videbo Patrem antequam moriar.* Yo veré á mi Padre ántes de morir. Esta es mi

esperanza, i la oracion de mi alma. *Hæc spes mea et oratio animæ meæ.*

Una de las mas espléndidas solemnidades que se han celebrado en la Iglesia católica, se preparaba entónces en la ciudad de Amiens. Como para un Concilio es habia congregado allí, de diferentes rejiones de la tierra, un gran nùmero de Obispos; i el Señor MOSQUERA, haciendo un nuevo esfuerzo, logró ser uno de ellos. Era que las preciosas reliquias de Santa Teudosia, màrtir del siglo III, oriunda de Amiens, traidas por su veneráble Obispo de las catacumbas de Roma, debian conducirse en procesion a la sagrada Basílica de aquella ciudad.

Dios quiso que el Señor MOSQUERA, cuya muerte se acercaba ya, presenciara en todo su esplendor i magnificencia aquellos honores que aun en la tierra se rendian à una màrtir, para que elevándose mas fácilmente á la contemplacion de esos premios eternos que ni el ojo vió, ni el oido oyó, ni el entendimiento humano puede comprender, que en el cielo tiene el Señor preparados para los justos, se alentase su espíritu, i su corazon se consolsase con la dulce esperanza de alcanzarlos.

Amanece el dia, llega la hora designada, i se da principio á la ceremonia; mas el Señor MOSQUERA, débil i estenuado no podia seguir la marcha majestuosa de la procesion.

En el umbral de un hospicio de caridad situado en el tránsito, revestido de pontifical, sentado en un trono, solitario, inmóvil, silencioso, profundamente afectado de aquella pomposa seremonia i de sus tristes recuerdos, el Arzobispo de Bogotá se deja ver como la imájen de un Santo Pontífice expuesta allí á la veneracion pùblica.

Cuadro sublime que uno de los elocuentes Ora-

dores de aquellas solemnidades (1) ha pintado ya, cuando hablando de un monumento que debiera trasmitir à la posteridad la memoria de esa fiesta relijiosa, dijo en presencia de aquella augusta asamblea de Cardenales, Pontífices i Sacerdotes: «Este monumento perpetuarà la memoria i conservarà la imàjen de ese venerable i santo Arzobispo de Bogotà, de ese noble confesor, de ese mártir que ha venido á esta festivídad de tres mil leguas de distancia, como Teudosia de la de quince siglos. No, jamas se borrarà de nuestra memoria la imàjen de este Pontífiice santo reclinado sobre su trono, en medio de esta procesion que no ha podido acompañar, i delante del cual se inclinaban al pasar los Cardenales i los Obispos. Ah! las bendiciones de este jeneroso confesor, de este noble desterrado, se unian à las de Santa Teudosia i hacian descender sobre la ciudad i sobre la Francia toda una lluvia de bendiciones i de misericordias."

A elojio tan espléndido, que como un gran golpe de luz ha venido à iluminar el pálido cuadro que habia podido yo trazar, yo no debo, Cristianos, añadir ni una sola palabra mas. Seguiré en silencio al Prelado moribundo, en sus lentas i tristes jornadas, hasta llegar a Marsella.... i..... aquí, ah! aquí, yo no abriré mis labios sino para deciros: !ha muerto !

Justo era, oh Dios mio, poner ya término al doble destierro de este varon piadoso. Una alma que ancia por el Cielo no puede peregrinar largo tiempo sobre la tierra. Mandad pues, Señor, à vuestros Anjeles que abran las puertas eternales de la Patria de los Santos, para que entre aquel á quien por vuestro amor se cerraron las puertas de su

(1) El célebre Abate Combalot.

patria en la tierra. El ha peleado un gran combate por la gloria de vuestro nombre, i por la libertad de vuestra Iglesia. El ha conservado imbiolablemente la fé, i en su defensa habria derramado toda su sangre. Solo resta pues que Vos, fiel como siempre á vuestra palabra, le pongais «la corona de oro, señal gloriosa de santidad i de fortaleza."

I vosotros, Pontífices venerables, i vosotros tambien Sacerdotes de Dios que en este obsequio fùnebre expresais vuestra relijiosa veneracion á la memoria del Señor Mosquera: que no se pierdan para nosotros los nobles ejemplos que en su vida i en su muerte nos ha dejado este grande Sacerdote. Ejemplo de fidelidad á sus deberes, i de firmeza en defender los intereses i los derechos sagrados de la Relijion. Ejemplo de paz i comunion inviolable con la Santa Sede, centro visible de unidad en la verdadera Iglesia, i estrella de fé adonde el mundo católico vuelve siempre los ojos para no extraviarse. Ejemplo de resignacion en la adversidad, hasta gloriarse de haber sido encontrado digno de padecer algo por el nombre de Jesucristo. No nos arredren, amados hermanos, las desgracias que amargaron los últimos dias de este Prelado; ellas son hoi su felicidad i su gloria. Por ellas habrà merecido (así podémos creerlo píadosamente) por ellas habrà merecido oir del Divino Glorificador estas palabras de eterno consuelo: «Sirvo fiel, entra en el goce de tu Señor."

Pero, Cristianos, Aquel que sentado en su sublime trono juzga à las justicias mismas, ha podido encontrar en la noble alma del difunto Prelado alguna lijera mancha, que retarde su entrada al lugar de la luz purísima i eterna, i es por este temor que el dignísimo Pontífice de esta Igle-

sia acaba de ofrecer el sacrificio de la Hostia Pacífica de la nueva lei, para que la sangre del Cordero Divino mìsticamente derramada sobre nuestras aras, vaya á apagar las ardientes llamas que tal vez la purifican todavía, i á marcarla con el último sello de la redencion. Unamos, pues, Cristianos, nuestras oraciones à las que la Iglesia Santa vuelve ahora á dirijir al Cielo para pedirle el descanso eterno del Ilustrísimo Señor Arzobispo de Bogotà.

REQUIESCAT IN PACE.